



Inventar de nuevo cada página

Conversación con Daniel Sada

Andrea Montiel Rimoch



*No recuerdo si corrían los últimos meses de 1983 o los primeros de 1984 cuando conocí a Daniel Sada. Fue en el taller de poesía Tierra Adentro que en ese momento dirigía José Luis Rivas. Nos hicimos amigos de inmediato, compartíamos textos, nos leíamos poemas, y él me obsequió su libro *Lampa Vida*. Al abrirlo y leer la musicalidad de sus palabras, desde el primer párrafo me dio la sensación de estar leyendo poesía. Sus líneas me parecieron versos:*

Un filetazo en las sienas de diez polos de
[nube.

Un sapo a punto de saltar.

Un pajarete de chebol sonando su
[descartonado vuelo.

Entre novela y novela, cuento y poesía, y algunos trabajos que compartimos, continuó nuestra amistad. Lo cierto es que Daniel siempre vivía en mi corazón, en el sitio de los mejores amigos. Recientemente, y después de casi tres décadas de conocernos, lo fui a visitar a su casa el 10 de septiembre de 2011, con el deseo de conversar lo más largamente posible, y saber cómo comenzó su pasión por la palabra y el vicio por la escritura.



Mis primeros recuerdos son de cuando hice un cuadernito de dibujos acompañados de una historia pequeña. En ese instante pensé que a lo mejor podía ser escritor. Trataba de dibujar lo que narraba. Esa inquietud por la escritura me nació leyendo, y fue una maestra de la escuela quien me enseñó métrica, versos y todo eso. Así me aficioné. Comencé por escribir relatos y contar historias. Después pasé a la poesía y me regresé al relato. Estudié periodismo para ganarme la vida. La carrera de letras no me gustó porque era para investigadores, y yo no quería tener una visión académica de la literatura. La verdadera literatura la aprendí con Salvador Elizondo y con Juan Rulfo cuando fui becario del Centro Mexicano de Escritores. Me acuerdo que a Rulfo no le gustaba ninguno de los escritos que llevaban los becarios. Conmigo fue duro al principio, pero al final me reconoció y me dijo que iba por buen camino.

Con esta variedad de géneros que abarcas, que no es común en la mayoría de los escritores, qué experimentas cuando escribes en cada uno de esos géneros:

La poesía se me hace un género muy difícil porque siento que estoy diciendo vaguedades, necesito una historia. Por eso toda la poesía que escribo tiene una historia atrás, tanto en *El amor es cobrizo* como en *Aquí*. En el caso de *Los lugares* logré realmente poesía en verso libre. Este fue mi primer libro, una pequeña *plquette* que publiqué incluso antes de *Lampa Vida*. Ya no la tengo, se me perdió por ahí y

nunca apareció. Pero lo definitivo es que no puedo escribir sin contar una historia. En el caso del cuento, hay dos o tres situaciones y pocos personajes, lo cual me permite ponderar más la anécdota que el análisis de dichos personajes. En cambio, en la novela hago un análisis y una reflexión más profunda de ellos, y puedo abarcar y ampliar más la historia. Las dos expresiones me gustan igual. En cuanto al ensayo, he escrito poco, solo el prólogo al libro *La escritura obsesiva* de Salvador Elizondo.

La poesía está muy presente en mis narraciones porque en un inicio quería escribir poemas y al mismo tiempo contar historias. Esto se debió a mi formación clásica, fui un minucioso lector de *La Divina Comedia* del Dante, de *Cartas del Ponto* y *Las metamorfosis* de Ovidio, la *Eneida* de Virgilio, y ya que en sus obras contaban historias en verso, yo quería hacer lo mismo. Cuando llegué a México escribía poemas hasta de 50 páginas, pero me dijeron que no era posible aceptar textos tan largos pues nadie los iba a publicar en las revistas. Entonces, decidí buscar una forma en prosa que eliminara la métrica, los endecasílabos, los alejandrinos, los octosílabos, pero al mismo tiempo busqué una puntuación especial para que sonara esa métrica.

A propósito de puntuación, ¿por qué uno de los recursos literarios que más utilizas en tus textos es la aposiopesis; esta manera de abordar el texto acaso es un diálogo con la página escrita, contigo mismo, o con los lectores?

La aposiopesis es un tropo retórico que se descubrió

en el siglo XVI. Una forma que utilizaba Gonzalo de Berceo en *Los Siete Infantes de Lara*. Es interrumpir una idea y luego cortarla para continuarla de una manera indirecta. En cuanto al diálogo, por lo general me invento un narrador. Este narrador interroga mucho a los personajes y transfiere en gran parte la trama. Es el que está siempre en activo. Es un narrador muy cercano a los personajes. Digamos que está hombro con hombro con ellos. Y además este diálogo lo hace también con el lector.

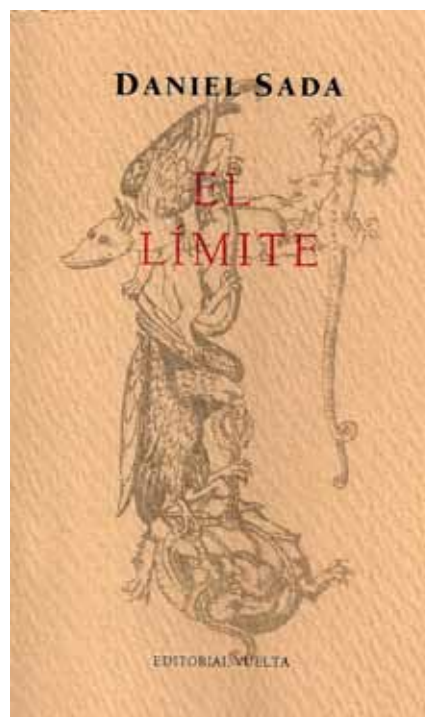
¿Cómo surgen tus historias, son vividas, recordadas, contadas por alguien más, escuchadas de otras personas, chismes que pululan por ahí?

Hay de todo. Algunos asuntos son como caídos de la propia realidad, hay otros que son la mitad nada más, y otros más por imaginación. Tengo muchos demonios. Los que me asaltan para la creación. No sé cómo son ni sé definirlos, pero son cosas que despiertan la imaginación. Rulfo me dijo una vez: “usted no necesita documentarse en nada, tiene la suficiente imaginación para escribir”. Por eso no me documento ni me gustan las novelas históricas. Todo lo que remita a un documento, no me interesa. Y cómo se transforman en literatura, no sé. A veces uno desconoce gran parte de sus fuerzas, yo sólo aplico lo que mi impulso me dicta, lo sigo, voy combinando emociones, imaginación, intuición. Como cuando decía T.S. Eliot que un buen estilo es aquel que combina emoción con intuición. Pero, en el proceso creativo, primero necesito definir el punto de vista de la narración, después la estructura y al final el tema. Si no tengo el punto de vista, aunque la estructura sea buenísima, no funciona. Ni funciona la historia. El punto de vista me puede llevar hasta seis meses definirlo, o sea que las primeras diez páginas de una novela me cuestan meses, hasta que encuentro cómo voy a contar la historia y desde dónde voy a narrarla.

Todo escritor tiene influencias que se reflejan en su escritura. En tu caso, sé que tienes una especial inclinación por el

italiano Carlo Emilio Gadda y el brasileño João Guimarães Rosa, ambos fundamentalmente narradores.

Cuando los leí me sentí muy identificado con sus textos porque mi sensibilidad se acerca a la sensibilidad que ellos también expresan. Al igual que a mí, para estos escritores la literatura nace de un juego. Por una parte, Carlo Emilio Gadda me da todos los registros posibles de la sensibilidad, y por otra, João Guimarães Rosa me hace depurar el estilo. Son narradores que no tocan la historia directamente sino de forma lateral, y eso me gusta mucho. No afrontan las historias linealmente ni inician por el riguroso principio, sino que empiezan por la mitad de la historia, o un momento avanzado de la misma, incluso de atrás hacia adelante. Cuando los leo percibo un diseño circular. Hay dos libros de cuentos de Guimarães Rosa que fueron fundamentales para mí: *Tutaméia* y *Primeras Historias*. De Gadda, *El zafarrancho aquel de Via Merulana*.





Y de los poetas, ¿por quiénes te inclinas o percibes alguna influencia aparte de los clásicos que ya mencionaste?

Me gustan mucho Los Contemporáneos: Xavier Villaurrutia, José Gorostiza. Además Salvador Novo y Ramón López Velarde. Me gusta en especial Carlos Pellicer, y aunque es hermético, también Jorge Cuesta.

¿Cómo surgió tu libro El Límite, dedicado a Octavio Paz y publicado en Editorial Vuelta, donde conviven cuentos y poemas?

Surgió así, espontáneamente. De repente escribí poemas, de repente cuentos y los reuní... jugando...

¿Qué te parece la traducción de tu lenguaje literario al lenguaje cinematográfico, como cuando se llevó al cine tu novela Una de dos?

Fue muy lejana, la novela es muy diferente a la película. La terminaron como una comedia y en el libro es un drama. La película me gustó pero es una cosa muy ligera en comparación de lo que yo escribí. La película funciona por sí misma pero completamente distinta a mi novela.

¿Qué sientes al haber alcanzado tantos premios, tantas publicaciones de tu obra en editoriales importantes de Eu-

ropa y traducciones a otros idiomas como el inglés, francés, esloveno, finlandés e italiano, o ser considerado al lado de escritores consagrados?

No me siento. Estoy muy lejos de ellos. Si me han dado reconocimientos ha sido por mi trabajo y por mi obra. De ninguna manera por mis relaciones públicas ni por grilla, ni por ser escandaloso. Solo es por mi trabajo.

¿Qué planes tienes en los próximos meses?

Ya está en circulación tanto en México como en España mi nuevo libro, *A la vista*, en Editorial Anagrama. Y ya tengo la novela que le entregué a Jorge Herralde, también para Anagrama, *El lenguaje del juego*. Pero ante todo tengo que mejorar de mi enfermedad y de mis ojos.

Cuando impartes talleres, ¿cuál es tu recomendación más importante para los nuevos escritores?

Que escriban lo que quieran, y que a pesar de las modas y las corrientes literarias, no se despeguen de lo que desean hacer. Que sigan su instinto original, el más natural. Que no copien, y si se dejan influenciar, reconozcan las influencias, pero siempre buscando el propio lenguaje. El lenguaje personal que da como resultado la creación de un universo personal.

¿Cómo llamarías al universo personal de Daniel Sada, a qué es a lo que más se acerca ese universo?

Mi universo personal es difícil de nombrar. Pero al acercarme a él pienso siempre en la creatividad como resultado de mi capacidad de asombro. De estar siempre atento y ver las cosas como si las viera por primera vez, como si las inventara de nuevo en cada página que escribo. ■■■